

MARC JUERA Y DAVID SANDÓ

A woman with long dark hair, wearing a vibrant red hooded cloak, is the central figure. She is looking down at an open book she holds in her hands. From the book, a stream of bright green, ethereal energy flows upwards, resembling smoke or a spell being cast. The background is a dark, textured wall, possibly made of stone or brick, with some faint green light reflecting off its surface. The overall mood is mysterious and magical.

TRAZOS DE
SANGRE

La vida de Suri ha cambiado radicalmente tras el ataque a la Academia. Envejecido, lisiado y derrotado en cuerpo y alma, el mago deberá afrontar ahora su mayor reto: viajar hasta el Continente Salvaje, un lugar situado en los confines de la Tierra al que solo un loco se atrevería a ir, en busca de una cura para su mal; una cura cuyo precio deberá pagar con sangre. Convertida de la noche a la mañana en la joya más deseada de Hefestia, Alia se encuentra de repente sumergida en un complejo mundo regido por extrañas costumbres y leyes no escritas. Por desgracia, tras la fachada de lujo, fiestas y riqueza se oculta un entramado de intereses, envidias y traiciones en el que nadie es quien pretende ser y la muerte acecha tras las esquinas. Mientras tanto, una joven Iorkin y un agente de la Brigada Démoniaca deberán unir sus fuerzas para tratar de descubrir, antes de que sea demasiado tarde, qué se oculta en realidad tras una serie de muertes aparentemente inconexas que amenazan con romper el precario equilibrio de poder entre las distintas Casas de Hefestia.

TRAZOS DE SANGRE

David Sandó y Marc Juera Conchillo

*Para mis padres.
Sin ellos, nada de esto
habría sido posible.*

David Sandó

*Para mi mujer Rosa y mi hijo Marc,
que llenan de magia verdadera
todos los días de mi vida.*

Marc Juera

Los autores desean dar las gracias a Marce, Mari Carmen, Jordi y David, que han tenido la paciencia de leer esta historia cuando aún era solo un proyecto.

Que sepáis que os hemos escuchado.

Prólogo

El primer golpe arrancó a Markin de su sueño. Al principio no supo de dónde venía, y llegó a pensar que formaba parte de una pesadilla; pero entonces escuchó otro más, y comprendió que estaba despierto y que el ruido era real.

Se incorporó de un salto y se quedó en pie, alerta y en tensión, entre la pila de ropa vieja, sacas de arpillera y mantas raídas que le servían de cama. Ahora estaba seguro que el ruido procedía del exterior, aunque por alguna razón se propagaba por el molino como el eco en una caverna.

Con el tercer golpe comprendió lo que ocurría.

Alguien estaba aporreando la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó una vocecita en la oscuridad. Era aguda y algo aflautada, y rezumaba miedo. Markin no podía distinguir a su propietario, pero algo le decía que su amigo estaría en aquellos momentos acurrucado bajo sus mantas, acobardado. No se lo reprochaba. Ildo solo tenía ocho años, y pese a su bravuconería no dejaba de ser un crío asustadizo.

—Shh —le chistó Suri—. Creo que alguien intenta entrar —susurró.

Si no hacían ruido, quizás quien fuera que golpeaba la puerta creería que no había nadie allí y pasaría de largo. No sería la primera vez que algún otro chaval de la calle intentaba colarse en su refugio. El invierno podía ser inclemente, y tener un techo bajo el que cobijarse, por maltre-

cho y deteriorado que estuviese, podía suponer la diferencia entre la supervivencia y una muerte por congelación.

Con el cuarto golpe la desvencijada puerta de madera se desprendió de sus goznes y cayó al suelo, levantando una espesa nube de polvo que cubrió momentáneamente el hueco de la entrada. Markin casi saltó sobre sus pies. Ildo dejó escapar un grito ahogado.

Cuando el polvo empezó a asentarse Markin distinguió una silueta recortada contra la luz de la luna. Era una figura grande, de algo más de dos varas de altura, de hombros anchos y aspecto peligroso. Lo primero que le pasó por la cabeza fue que alguno de los miembros de la banda del Gallo Negro habría localizado su escondite y había decidido acabar lo que empezaron un par de semanas atrás, por eso recogió su morral y se lo colgó del hombro sin apartar los ojos del intruso. Los Gallos eran peligrosos, y no tenían reparos en recurrir a la violencia cuando descubrían que alguien había estado trapicheando en su lado de la ciudad.

Eso era precisamente lo que le había pasado al pobre Radaor.

Markin no había sido testigo de lo ocurrido, pero cuando una mañana encontraron el cuerpo de su amigo en un callejón con el vientre rajado de lado a lado y las tripas colgando, no le quedaron dudas de quién lo había hecho. Y en aquel momento, viendo aquella figura plantada bajo el quicio de la destrozada puerta del viejo molino, temió que tanto Ildo como él correrían su misma suerte.

–Ildo, la plataforma –le gritó a su amigo mientras rebuscaba su cuchillo en su morral. En realidad no se trataba de un cuchillo, sino de una esquirra de metal que había encontrado en la basura de un herrero y que había forrado con tela por uno de sus extremos para poder sujetarla sin cortarse. Pero estaba afilada, y podía rebanar la carne de un tajo.

Por alguna razón, el peso del metal en su mano no consiguió tranquilizarle como él había esperado.

El intruso, que hasta entonces había permanecido inmóvil, avanzó un titubeante paso en su dirección. Se movía de un modo extraño, arrastrando los pies como si estuviese borracho o no pudiera mantenerse erguido.

Fue entonces cuando percibió el hedor. Por un momento fue como meter la cabeza en los barriles de desperdicios del matadero. Olía a muerte y a putrefacción. Al principio no entendió de dónde procedía, pero su mente no tardó en hacer la conexión, y un escalofrío le trepó por la espalda y se aferró a su cuello como una mano de hielo.

—¡Ildo! —repitió Markin alzando la voz con tono autoritario—. Sube a la maldita plataforma.

Su amigo balbuceó algo incomprensible, pero obedeció.

El molino llevaba décadas abandonado, tal vez siglos, y solo quedaban de él sus paredes, su deteriorado techo, que amenazaba con ceder en cualquier momento, y parte de la plataforma sobre la que había estado montado el mecanismo que conectaba las aspas con la muela. La rueda había desaparecido, probablemente alguien se la habría llevado para reutilizarla, y el mecanismo de ruelas, ejes y engranajes solo era ahora un puñado de maderos carcomidos y resecaos. Por suerte la antigua plataforma no había cedido al paso del tiempo, y una vez retirasen la improvisada escalera que usaban para trepar hasta ella sería el refugio perfecto.

El intruso avanzó otro paso, y el hedor se hizo más punzante.

Markin rebuscó en su morral hasta que dio con el pequeño globo de cristal. Se trataba de una *candela* de viaje, una pequeña esfera apenas mayor que una ciruela, que hasta entonces les había bastado para iluminar los estrechos confines del molino. Necesitaba ver a lo que se enfrentaba. Necesitaba estar seguro porque, de lo contrario,

su mente no dejaría de especular. Y por terrible que fuera lo que había frente a él, no sería tan malo como las cosas que se estaba imaginando.

Sin apartar la vista del intruso, Markin alzó la *candela* y la activó.

Una tenue luz amarillenta se derramó a su alrededor. No era muy intensa, pero le bastó para distinguir las facciones de la persona que avanzaba hacia él. La sangre se heló en sus venas.

El intruso era un adolescente, un muchacho de apenas quince años, aunque estaba claro que no llegaría a cumplirlos. Su piel tenía un desagradable tono grisáceo, y se pegaba a los huesos de su cráneo como si no hubiese carne bajo ella. Sus labios estaban retraídos, como arrancados de cuajo, y dejaban a la vista una macabra sonrisa de dientes irregulares salpicados de manchas negras. Markin no quería pensar en ello, pero algo le decía que las manchas eran de sangre. A pesar de estar cubierto de barro y horriblemente deformado, Markin le reconoció.

–Radaor –exclamó con un suspiro ahogado.

La criatura alzó una esquelética mano para protegerse los ojos de la luz. Parecían estar velados, cubiertos de cataratas.

A su espalda oyó a Ildo rezarles a los Dioses. Seguramente también él habría reconocido a su difunto amigo. Pero los Dioses no estaban allí. Los Dioses no ayudaban a los pordioseros ni a los rateros que sobrevivían de lo que encontraban en la basura o de lo que podían robar a los incautos que se cruzaban en su camino.

–Es un reanimado –dijo el chiquillo con voz temblorosa.

Markin lo sabía. Lo había intuido incluso antes de prender la *candela*. Solo algo que ha pasado un par de semanas bajo tierra, pudriéndose, podía apestar así.

Pero no era solo eso.

Había otro olor enterrado bajo el hedor a descomposición. Markin no habría sabido decir qué era, pero por alguna razón su mente lo relacionaba con la magia.

Radaor avanzó otro paso. Algo se sacudía frente a él como un delantal deshilachado. Cuando comprendió que aquello eran sus tripas, que colgaban del tajo de su vientre como telarañas de una viga, sintió un desagradable sabor a bilis y tuvo que esforzarse para no vomitar el escaso contenido de su estómago.

Radaor abrió la boca y dejó escapar algo que no era exactamente un gruñido; algo que no podía proceder de un ser humano.

—Sigue trepando —apremió a Ildo mientras retrocedía en dirección a las escaleras sin apartar los ojos de Radaor.

Markin había oído hablar muchas veces de los reanimados, los no-muertos; pobres desgraciados a los que un mago oscuro resucitaba para que le sirvieran como esclavos sin mente. Pero aquella era la primera vez que se topaba con uno cara a cara, y era peor de lo que había imaginado.

Había oído decir que los reanimados no eran inteligentes, aunque en ocasiones conservaban algunos recuerdos su vida anterior. Por eso sus familiares solían ser los primeros en ser atacados. Radaor no era familia, pero había compartido refugio con ellos, por lo que aquel lugar era lo más parecido a un hogar que conocía.

Pero ¿por qué alguien habría devuelto el cuerpo de su amigo a la vida?

Aquello solo podía ser obra de un nigromante, y Markin estaba bastante seguro de no conocer a ninguno. Quizás Ildo o él mismo habrían robado al paleta equivocado, y el tipo había enviado a Radaor contra ellos como venganza. Pero eso no tenía demasiado sentido. Ellos solo eran un par de raterillos sin importancia, como tantos otros que pululaban por el Imbornal. Además, aquel castigo parecía desproporcionado para un crimen como ese.

Tal vez era cosa de la banda del Gallo Negro. Después de todo habían sido ellos quienes habían acabado con Radaor en primer lugar, y Markin sabía que su líder, el Duque, tonteaba con las Artes. Pero ¿tendría el poder y los conocimientos suficientes para crear zombis?

Por alguna razón, Markin lo dudaba.

Pero entonces, ¿de quién era obra? ¿Y por qué precisamente Radaor?

Markin se dijo que ya tendría tiempo de pensar en ello cuando se hubiese puesto a salvo. Su difunto amigo seguía acercándose, y le pareció ver dos sombras más recorriéndose contra el hueco de la puerta. Tenían que salir de allí, y tenían que hacerlo rápido.

Markin ya había retrocedido hasta la escalera, pero Radaor –no, aquel ya no era Radaor– se encontraba a poco más de dos brazadas de distancia, por lo que si le daba la espalda para trepar por ellas acabaría atrapándole.

Una idea descabellada le pasó por la cabeza.

Markin había visto lo que ocurría cuando se rompía una *candela*. Cuando el cristal se quebraba la espiral de hierro de su interior se consumía con una llamarada al entrar en contacto con el aire, y todo lo que se encontraba a su alrededor quedaba cubierto por una fina capa de escarcha. Markin no sabía por qué pasaba, pero podía usarlo en su favor.

Así que asíó la pequeña *candela*, cerró los ojos y la lanzó contra aquella cosa.

La esfera estalló contra el reanimado, y Markin sintió el frío en su rostro.

No estaba seguro de que aquello hubiese bastado para dañar a la criatura, por lo que sabía los reanimados no sentían dolor, pero esperaba que al menos la entretuviese lo bastante para darle una oportunidad de ponerse a salvo.

Sin perder un segundo, se volvió hacia la escalera y empezó a trepar por ella.

Radaor dejó escapar otro gruñido, y algo se aferró a la pernera de sus pantalones, cerrándose en torno a su tobillo como una zarpa de acero. Markin gritó cuando sintió que tiraban de él hacia abajo, y tuvo que luchar para no dejarse dominar por el terror que amenazaba con inmovilizarle.

—¿Qué pasa? —preguntó Ildo con voz estrangulada desde su improvisado refugio.

—Ayúdame —gritó Markin tendiendo una mano hacia él.

Ildo tiró de él, pero por desgracia el muchacho solo era un raquíptico saco de piel y huesos, y no podía competir con la fuerza del reanimado, que seguía arrastrándole hacia abajo. Markin pensó que así era como debían sentirse los pobres desgraciados que contrariaban al Duque y acababan en el fondo del Murgón con un saco de piedras atado a los pies.

—Maldita sea, Radaor —gritó a la desesperada. Sabía que era inútil suplicar. Ya no quedaba nada de su amigo en aquella cosa.

—¡Date prisa, o se te va a zampar! —chilló Ildo.

Markin ya había conseguido apoyar los brazos en la plataforma, pero Radaor seguía aferrado a su pierna. No quiso pensar en lo que sería aquel ruido que sonaba como dientes castañeteando, porque sabía que eso era precisamente lo que estaba escuchando. Por suerte la cabeza del reanimado no estaba lo bastante cerca como para poder morderle. Markin no sabía si los rumores serían ciertos y bastaría un solo bocado para transformarle también a él en un no-muerto, pero no quería averiguarlo.

—Ildo, por favor —le suplicó a su amigo. El chaval le miró con los ojos muy abiertos antes de echar un vistazo por encima de su hombro hacia el hediondo cuerpo de Radaor. Luego miró a su alrededor, como buscando algo, y se alejó de él, perdiéndose en la oscuridad de la plataforma —. ¡Ildo! —gritó. Pero el otro no respondió.

«Me ha abandonado», pensó.

Pero no permitió que la desesperación se apoderara de él. No se rendiría sin luchar. Así que apoyó todo su peso en sus brazos, alzó la pierna que aún tenía libre y descargó un taconazo contra la cara del zombi. Por desgracia su presa parecía de acero, y Radaor se negaba a soltarle. Tiraba cada vez con más fuerza de él, y sus brazos amenazaron con ceder. No había nada a lo que poder sujetarse en la plataforma, y el miedo se volvió terror cuando empezó a resbalar hacia abajo.

Entonces algo pasó junto a su cabeza, un objeto largo y estrecho parecido a una vara o una pértiga. Al otro extremo se encontraba Ildo.

–¡Aguanta! –le gritó su amigo mientras sacudía la vara arriba y abajo con fuerza.

Markin escuchó un crujido seco, y la presa en torno a su tobillo se aflojó. El chiquillo aprovechó para patear de nuevo la mano del zombi, y en cuanto su pierna se escurrió por entre sus dedos marchitos se impulsó hacia arriba haciendo fuerza con los brazos.

Alcanzó la plataforma resollando como un caballo al que han obligado a ir al galope durante horas, y se quedó allí tendido recuperando el aliento. Ildo se había hecho una bola, con las rodillas pegadas al pecho y los brazos rodeando sus piernas, y se mecía mientras balbuceaba otra plegaria.

En cuanto recuperó el aliento Markin rebuscó en su morral el pedernal y la yesca, envolvió un madero en un pedazo de tela que arrancó de su jubón y fabricó una improvisada tea que prendió no sin cierto esfuerzo. Las llamas iluminaron el interior del molino, y fue entonces cuando vio lo que había en la planta baja.

El cuerpo de Radaor estaba tendido en el suelo. Su rostro, calcinado por la explosión de la *candela*, era ahora poco más que hueso y jirones de piel chamuscada. Uno de sus ojos había desaparecido, y en su lugar había un boquete del tamaño de una nuez. Ildo debía haber atravesado

do su cráneo con la vara, que ahora descansaba en el suelo junto al cuerpo putrefacto de su amigo.

Pero Radaor no era el único reanimado que había allí.

Otras dos criaturas, un hombre de aspecto corpulento y una anciana con un solo brazo y media cara roída por los carroñeros, se aproximaban con paso lento pero inexorable.

Markin ni siquiera se lo planteó, y de una patada tiró la escalera, que cayó sobre la anciana, derribándola.

—A ver si nos pilláis ahora, capullos —les retó. Las criaturas graznaron y alzaron las manos tratando de alcanzarles, pero la plataforma se encontraba a cinco varas de altura, demasiado lejos para ellos—. Estamos a salvo —le aseguró a Ildo, que seguía meciéndose como un barco en un temporal.

—Estamos atrapaos —gimió el muchacho—. No vamos a poder salir d'aquí.

—Confía en mí —le pidió Markin apoyando una mano en su hombro. Ildo casi saltó al sentir su contacto—. Saldremos de esta.

Ildo tragó saliva y asintió sin apartar los ojos de las criaturas.

—Ese era Radaor —dijo con un hilillo de voz—. ¿Cómo pue ser? ¿Quién l'ha hecho eso?

—No lo sé —sacudió Markin la cabeza—. Pero no pienso quedarme a averiguarlo —añadió tendiéndole la mano a su amigo. Ildo dudó antes de aceptarla, pero finalmente se puso en pie con su ayuda.

—Pero lo que l'han hecho... Eso es negromagia —insistió Ildo.

—Lo sé.

—¿Crees que alguien quiere liquidarnos? ¿Crees que el Duque...?

—El Duque es un ladrón y un asesino, no un mago —dijo Markin echando un nuevo vistazo hacia abajo. La anciana había conseguido zafarse de la escalera y ponerse de nue-

vo en pie, y ahora los dos zombis se movían por el interior del molino sin un propósito concreto. El cuerpo de Radaor seguía tendido en el suelo, inmóvil—. No, esto es otra cosa.

Un desgarrador grito llegó desde el exterior. Markin se apresuró hacia la abertura en el lateral del molino, el lugar que antiguamente había ocupado el eje de las aspas, y se asomó por él para echar un vistazo hacia la calle. El boquete era lo bastante grande para poder cruzarlo sin tener que agacharse.

En el exterior las llamas iluminaban la noche como si el amanecer se hubiese adelantado. Había varios incendios a su alrededor: tres de las casas más cercanas eran ya pasto de las llamas, y el fuego se extendía rápidamente por las desvencijadas construcciones de madera que se apelotonaban las unas contra las otras. Pronto todo el Imbornal sería un infierno.

Pero eso no era lo peor de todo.

Las calles estaban invadidas por una auténtica marea de revividos. Los no-muertos, que se contaban por cientos, habían invadido el barrio de extramuros, causando estragos a su paso. Todos parecían avanzar en una misma dirección: hacia las puertas de la ciudad; aunque la mayoría se entretenían irrumpiendo en cualquier casa que se encontrase en su camino. Gritos de angustia y terror se alzaban por todas partes, y se unían a la melodía de gruñidos y gemidos que acompañaba el avance del pútrido ejército.

—¿Qué pasa? —preguntó Ildo acercándose para poder echar un vistazo.

—Parece que esto es algo más que una venganza contra nosotros —respondió Markin.

El techo de una de las viviendas más cercanas al molino se había prendido, y el frío aire de la noche hacía bailar las llamas, acercándolas peligrosamente a su refugio. Una simple chispa podía incendiar sus reseca paredes,